



Isaac Bashevis Singer  
*Premio Nobel de Literatura*

# **GÓLEM, EL COLOSO DE BARRO**

Prólogo: Leopoldo Azancot

Traducción: María Luisa Balseiro  
*Premio Nacional de Traducción.*



Cuando el rabino Leib construye un gólem para que salve a su pueblo, no se imagina el poder que va a cobrar la estatua de barro. De la materia inanimada ha surgido una terrible criatura imposible de dirigir. ¿Cómo controlar un enorme gigante cuya voluntad escapará a su creador?



Isaac Bashevis Singer

# **Gólem, el coloso de barro**

ePub r1.1  
German25 21.08.17

Título original: *The Golem*  
Isaac Bashevis Singer, 1969  
Traducción: María Luisa Balseiro  
Traducida del inglés en 1982

Editor digital: German25  
ePub base r1.2



## **NOTA DEL AUTOR**

Publiqué «The Golem» en el «Jewish Daily Forward», en 1969. En el otoño de 1981 trabajé en la traducción, y al hacerla introduje muchos cambios, como hago siempre. Recibí buenos consejos sobre el uso de palabras y expresiones inglesas de mi amada esposa Alma, así como de mi secretaria Deborah Menashe, a quien dicté la obra. El texto fue revisado en su totalidad por mi buen amigo Robert Giroux, que desde hace veintidós años viene cuidando de todas mis ediciones.

# PRÓLOGO

Historia, leyenda e invención personal se entremezclan armoniosamente en este bello relato de Singer.

La historia está representada aquí por dos personajes que tuvieron existencia real: el emperador Rodolfo II (1552-1612), quien, de carácter sombrío y melancólico, hizo de su capital, -Praga, la ciudad de las cien torres-, un reducto de la alta magia, de la alquimia y de la astrología, y un centro artístico sin igual en la Europa de su época; y el rabí Judá Loew ben Bezalel (1512-1609), uno de los pensadores judíos más grandes de todos los tiempos, hombre de saber enciclopédico y, según el parecer de algunos, origen de esa inflexión del tradicional pensamiento mesiánico que permitiría, ya en el siglo XX, el surgimiento del sionismo y, subsecuentemente, la fundación del Estado de Israel.

En cuanto a la leyenda, hay que buscarla en la figura del Gólem, entidad oscura y taciturna sobre la cual corrieron durante siglos muchas historias sobrecogedoras por todas las juderías de la Europa Central. Según ellas, se trataba de un ser hecho con arcilla y animado luego mediante combinaciones cabalísticas de las letras que configuran el Santo Nombre de Dios. En un principio, dicho ser no tenía apariencia humana: se cuenta que, en tiempos muy remotos, rabí Janina y rabí Oschava creaban cada víspera del Sabbat, por el procedimiento antedicho, un ternero, al que seguidamente se comían.

Posteriormente, comenzó a hablarse del Gólem como de una criatura antropomorfa: con aspecto de ser humano era aquel que un

rabí, según viejos relatos orales, envió a rabí Zera, quien, asustado, lo destruyó, haciéndolo retornar al polvo del cual había surgido. Estas historias, y otras semejantes, acabarían por confluír y sintetizarse en torno a la gran figura histórica del ya citado rabí Judá Loew, cuya vida extremadamente larga, cuya genialidad incomprensible, -y por lo tanto, inquietante-, para los más, cuyo temperamento sin resquicios para lo débil, suscitaron, aun antes de su muerte, temor y reverencia extremos, e hicieron posible que se le atribuyera la creación de un Gólem dotado de características mucho más numerosas y concretas que las de las fabulosas criaturas semejantes del remoto pasado.

La invención personal de Singer a partir de los datos suministrados por la historia y por la leyenda, en fin, está centrada en el desarrollo que da a la vieja idea de la autonomía cobrada por el Gólem en un momento dado, -aquí, cuando se le obliga a utilizar su fuerza para satisfacer la codicia de la esposa del rabí-. En efecto, el Gólem de Singer acaba por convertirse en algo semejante en todo a un hombre, a diferencia del mero monstruo desencadenado de la tradición; y ello, hasta el punto de que llega a ser capaz de desear físicamente a una muchacha, y, seguidamente, de alcanzar el plano superior del amor pleno.

Mientras que, según unas sentencias atribuidas al rabí Judá Loew, «hubo que crear al Gólem sin impulsos sexuales, pues si hubiera poseído instinto sexual, ninguna mujer hubiera estado segura ante él», el ser inventado por Singer se siente atraído eróticamente por Miriam, la ama siendo correspondido por la joven.

Lo que resulta fácilmente comprensible si se piensa que, para Singer, el amor es el valor supremo, aquella realidad a cuyo través el hombre y la mujer alcanzan la plenitud absoluta, llegan a ser lo que de otro modo no hubieran podido ser.

«¿Quién sabe?», escribe al final del presente relato. «Acaso el amor tenga un poder aún mayor que el de un Santo Nombre».

Junto a esta idea rectora de que el amor acaba por primar sobre cualquier cosa, en la historia contada por Singer se encuentra otra

de pareja trascendencia en tiempos como el presente, a los que caracteriza el gusto equívoco por la magia, por lo espiritual anárquico y degradado, por los falsos misterios: la de que el hombre no debe forzar las puertas de lo sobrenatural, sino permanecer fiel a su vocación terrestre. La vida, según él, tiene que ser exaltada sin reticencias, y en ello coincide con lo mejor de la tradición judía, enemiga siempre de todo angelismo espúreo, defensora de lo cotidiano frente a quienes se niegan soberbiamente a aceptar los límites de la condición humana.

Nacido hace ya muchos años en el seno de la gran judería polaca que fuera arrasada durante la II Guerra Mundial, Isaac Bashevis Singer debe su grandeza, -esa grandeza gracias a la cual fue galardonado con el Premio Nobel-, a haber sabido conciliar los principios heredados de sus mayores con los de la modernidad, por haber conseguido ser fiel de manera simultánea al pasado y el presente. ¿Cómo extrañarnos, así, de que los relatos suyos que, como El Gólem, atestiguan de la citada grandeza, hayan encontrado una acogida fervorosa en los más diversos países del mundo, sin distinción de edades, razas y creencias?

LEOPOLDO AZANCOT



# I

En la época en que el famoso rabí Leib servía como rabino<sup>[1]</sup> en la antigua ciudad de Praga, los judíos sufrían persecución. El emperador Rodolfo II, hombre erudito, era intransigente con cuantos no pertenecieran a la fe católica.

Perseguía a los protestantes, y todavía más a los judíos, a quienes se acusaba con frecuencia de emplear sangre de cristianos para hacer las «matzot»<sup>[2]</sup> de Pascua. Casi todo el mundo sabía que esa acusación era falsa, que la religión judaica prohibía comer sangre de animales, cuanto más sangre humana. Pero cada pocos años se repetía la misma denuncia. Cada vez que un niño cristiano desaparecía, los enemigos de los judíos proclamaban inmediatamente que éstos le habían asesinado para hacer «matzot» con su sangre. Nunca faltaban falsos testigos. Se ejecutaba a hombres inocentes, y más de una vez sucedió que el niño perdido fuera encontrado después, vivo y sano.

Rabí Leib, gran conocedor del Talmud<sup>[3]</sup>, era experto en mística y magia. Se afirmaba que tenía el don de curar a los enfermos conjurando a las fuerzas sobrenaturales y utilizando diversos amuletos y talismanes. Cuando un miembro inocente de su comunidad era encarcelado, rabí Leib se apresuraba a demostrar su inocencia. Muchos creían que rabí Leib podía invocar la ayuda de ángeles, y hasta de demonios y trasgos, si su comunidad corría grave peligro.

Vivía en Praga un gentilhomme, el conde Jan Bratislavski, que había sido inmensamente rico, con muchas tierras y centenares de

siervos; pero había perdido su fortuna por darse al juego y a la bebida, y en guerras particulares con otros terratenientes. Su esposa se sentía tan deshonrada por la mala conducta del conde que cayó enferma y murió. Le dejó una hija de corta edad, Hanka.

Por entonces vivía también en Praga un judío llamado Reb Eliezer Polner.

Era un hombre muy capaz y diligente para los negocios, y aunque vivía en el barrio judío había llegado a ser un banquero famoso, no sólo en Praga sino en toda Europa. Reb Eliezer era conocido también por su caridad, que ejercitaba lo mismo con judíos que con cristianos. Contaba cerca de sesenta años, y tenía la barba blanca como la nieve. Todos los días de la semana llevaba un sombrero de piel de marta y una túnica larga de seda, ceñida con una ancha faja.

Reb Eliezer tenía una casa grande, hijos e hijas casados y un montón de nietos. Era un hombre estudioso, a su manera; todos los días se levantaba con el alba y se ponía a rezar y a estudiar la Biblia y el Talmud hasta la hora del mediodía.

Entonces iba al banco a atender sus negocios. Su esposa, Sheindel, procedía de una familia distinguida y era tan piadosa y caritativa como su marido.

Diariamente visitaba el asilo, llevando pan y sopa caliente para los pobres y los enfermos.

Como el conde Bratislavski estaba siempre necesitado de dinero, tuvo que vender casi todos sus campos y bosques, y también sus siervos, que en aquella época a finales del siglo dieciséis, se compraban y vendían como si fueran ganado. El conde debía mucho dinero al banco de Reb Eliezer, y llegó un momento en que Reb Eliezer tuvo que negarse a hacerle nuevos préstamos.

Aquel año, en el mes de marzo, que más o menos coincidía con el mes judío de Nisán<sup>[4]</sup>, el conde había estado jugando a las cartas con un grupo de jugadores ricos durante todos los días de la semana, y hasta altas horas de la noche.

Había perdido todos los ducados de oro que tenía en la bolsa. Estaba ansioso por recuperar su dinero, y empezó a jugar al fiado, firmando un papel donde decía que reembolsaría en tres días cualquier deuda que pudiera contraer. Entre aquellos jugadores se consideraba que romper una promesa de ese tipo era un gravísimo deshonor. Más de una vez había sucedido que un jugador que no podía pagar su deuda se había matado de un pistoletazo.

Después de firmar aquel papel, el conde Bratislavski siguió jugando con gran apasionamiento, y todo el rato bebiendo vino y fumando tabaco. Cuando acabó la partida, el conde había perdido setenta y cinco mil ducados. Estaba tan bebido que no sabía lo que había hecho. Volvió a su castillo y pasó muchas horas durmiendo. Hasta que despertó no se dio cuenta de lo que había pasado. No poseía ni setenta y cinco ducados. Todas sus propiedades habían sido vendidas o hipotecadas.



Al morir Helena, la esposa del conde, había dejado a su hijita Hanka una gran cantidad de joyas, que valían más de un millón de ducados. Esta herencia estaba bajo custodia del tribunal, porque no se podía confiar en que el conde Bratislavski conservara cosas de tanto valor. Según el testamento de su madre, Hanka debía heredar las joyas al cumplir los dieciocho años.

Cuando a Bratislavski se le despejó el entendimiento, cayó en una profunda desesperación. Amaba demasiado la vida como para suicidarse. Aunque sabía que Reb Eliezer ya no le podía dar más crédito, ordenó al cochero que aparejase el coche y le llevara a la judería<sup>[5]</sup>, al banco de Reb Eliezer. Cuando el conde nombró la suma que quería tomar prestada, Reb Eliezer dijo:

—Excelencia, sabéis muy bien que nunca podríais devolver esa cantidad.

—¡Necesito ese dinero! —vociferó Bratislavski.

—Lo lamento, pero no lo sacaréis de mi banco, —respondió serenamente Reb Eliezer.

—¡Maldito judío! ¡Lo sacaré de donde sea! —gritó el conde lleno de rabia—. Y tú pagarás cara tu insolencia al negarle un préstamo al gran conde Bratislavski.

Así diciendo, el conde escupió a la cara de Reb Eliezer. Reb Eliezer se limpió humildemente con el pañuelo y dijo:

—Perdonadme, conde, pero fue una insensatez apostar cantidades tan altas y firmar compromisos que no podéis cumplir.

—Ten por seguro que conseguiré el dinero, mientras que tú te pudrirás en la cárcel y acabarás ahorcado. Acuérdate de lo que te digo.

—La vida y la muerte están en manos de Dios, —dijo Reb Eliezer—. Si estoy destinado a morir, aceptaré el mandato de Dios con humildad.

El conde Bratislavski volvió a su castillo y se puso a pensar en la manera de salir de su dilema. Estaba ávido de dos cosas: de dinero para cubrir sus deudas, y de venganza sobre el judío. En seguida ideó un plan diabólico.

### III

Como faltaban sólo dos semanas para la Pascua, los judíos de Praga estaban ya cociendo las «matzot». El invierno había sido más frío de lo normal, pero el mes de Nisán trajo las brisas cálidas de la primavera. Reb Eliezer tenía la costumbre de estudiar la Mishná, el código de leyes de los judíos, por las noches, antes de acostarse. Aquel día había escogido la parte que contenía las leyes sobre cómo había que cocer las «matzot», preparar el «séder»<sup>[6]</sup>, recitar la Hagadá<sup>[7]</sup> y beber las cuatro copas de vino santificado. Aunque habían transcurrido más de tres mil años desde el éxodo de Egipto, los judíos de todo el mundo no habían olvidado nunca que habían sido esclavos del Faraón, el rey de los egipcios, y que Dios les había dado la libertad.

De repente Reb Eliezer oyó fuertes pisadas, y luego unos golpes brutales en la puerta. Las criadas y los criados estaban durmiendo. Reb Eliezer fue a abrir, y se encontró con un grupo de soldados que tenían las espadas desenvainadas. El cabo que los mandaba preguntó:

—¿Eres tú el judío Eliezer Polner?

—Sí, yo soy.

—Encadenadle y lleváosle, —dijo el cabo.

—¿Por qué? ¿Qué mal he hecho? —preguntó Reb Eliezer, perplejo.

—Eso te lo dirán más tarde. Ahora vámonos.

Reb Eliezer pasó aquella noche en la cárcel. A la mañana siguiente le llevaron a la cámara de investigación. Era a donde

llevaban a los delincuentes más peligrosos. Reb Eliezer vio que estaban allí el conde Bratislavski y otras personas, entre ellas un hombre que parecía borracho y una mujer que tenía la cara llena de verrugas y torcía los ojos. El investigador dijo:

—Judío, se te acusa de haber entrado en la casa de nuestro noble conde Bratislavski y haber secuestrado por la fuerza a su hijita Hanka, con el propósito de asesinarla y poner su sangre en las «matzot».

Reb Eliezer palideció.

—Nunca he tenido el privilegio de visitar el castillo del conde, —dijo, con un nudo en la garganta—. Paso todas las noches en mi casa. Mi esposa, mis hijos, mis yernos, mis nueras y todos mis sirvientes pueden atestiguar que digo la verdad.

—Todos éstos son judíos, —dijo el investigador—. Pero hay dos testigos cristianos que te vieron entrar en el castillo del conde y llevarte a su hija en un saco.

—¿Testigos? ¿Qué testigos?

—Aquí están los testigos. —El investigador señaló al hombre borracho y a la mujer de las verrugas—. Decid lo que habéis visto. Tú, Stefan, habla primero.

Stefan parecía estar idiotizado por la bebida, aunque era todavía de mañana. Dio unos pasos arrastrando los pies y balbució:

—Ayer por la noche, quiero decir anteayer, no, hace tres días, oí ruido en la habitación de Hanka. Encendí una vela y me asomé. Allí estaba este judío con un cuchillo en una mano y un saco en la otra. Metió a Hanka en el saco y se marchó. Le oí que murmuraba para sí: «Su sangre ardiente es justo lo que nos hace falta para las “matzot”».

—¿Cómo pudiste permitir que me llevara a la hija del conde sin defenderla y sin levantar a todos los del castillo? —preguntó Reb Eliezer con voz entrecortada—. Eres más joven y más fuerte que yo.

Stefan se quedó con la boca abierta y la lengua fuera. Sus ojos saltones daban vueltas. Los pies le flaquearon, y se sujetó a la pared.

—Tú, judío, me amenazaste con el cuchillo.

—Señoría, ¿no veis que todo es una mentira descarada? —dijo Reb Eliezer—. En primer lugar, los judíos no usamos sangre para nada. En segundo lugar, la ley mosaica dice que en la preparación de las «matzot» sólo se puede emplear harina y agua. Y además, ¿qué razones iba a tener yo, un hombre de sesenta años, banquero, jefe de la comunidad, para cometer semejante abominación? Hasta en la locura tiene que haber alguna lógica.

—Bárbara estaba allí y lo vio también, —dijo Stefan.

—¿Qué viste tú, Bárbara? —preguntó el investigador.

La mujer torció los ojos.

—Vi al judío. Abrí la puerta y vi como metía a Hanka en el saco.

—¿Y no pediste ayuda? —preguntó Reb Eliezer.

—A mí también me daba miedo tu cuchillo.

—¿Por qué no pediste ayuda después? —preguntó Reb Eliezer.

—¡Yo no tengo por qué contestarte, asesino asqueroso! —chilló Bárbara, amenazando a Reb Eliezer con el puño cerrado.

—Señoría, el conde Bratislavski vino a mí hace unos días y me pidió que le prestara una elevada suma de dinero, —dijo Reb Eliezer—. Tuve que negárselo, porque ya nos debe a mí y a otros muchos dinero y no lo puede devolver. Entonces me advirtió que me pudriría en la cárcel. Ahora está intentando vengarse de mí.

—¡Todo eso es mentira! —gritó el conde—. Yo nunca le he pedido que me prestara dinero. El judío Eliezer no es más que un asesino sin entrañas, y lo que hay que hacer es torturarlo y ahorcarlo, junto con todos los que le hayan ayudado a cometer este crimen abominable.

—Señoría... —empezó a decir Reb Eliezer.

—¡Silencio, judío! Hay dos testigos que declaran que has cometido el crimen, y con eso basta. Será mejor que confieses con quién tramaste ese horrible delito. Si tratas de negarlo, tenemos muchos medios de arrancarte la verdad, despiadado asesino —rugió el investigador.



—Dios de los cielos, yo no he tramado nada con nadie. Yo no salgo nunca de noche, porque tengo ya muchos años y no veo bien en la oscuridad. Soy tan incapaz de sacar a una niña de su lecho y hacer esas cosas de las que me acusáis como de caminar sobre la cabeza. Imploro a vuestra señoría que medite en lo absurda que es esta denuncia, lo estúpida, inverosímil y cruel...

—No hay nada que meditar. ¿Quién estaba fuera esperándoos a ti y a la niña secuestrada? ¿A dónde la llevásteis? ¿Cómo le quitásteis la vida a la pobrecita? —preguntó el investigador.

—Lo único que puedo decir es que esa noche me quedé en casa, como todas las noches. Yo no he hecho nada malo.

—¡La vieja terquedad de los judíos! —exclamó el conde Bratislavski—. Se les sorprende en flagrante delito, y aun así pretenden negar la verdad. ¡Irás a la horca, judío! Y ni siquiera tu dios podrá salvarte.

—De mí podéis decir lo que queráis, señor, pero no blasfeméis de Dios. Él puede ayudarnos, si lo merecemos.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no rompe tus cadenas? —se burló Bratislavski—. ¿Por qué no manda un rayo que aquí mismo me deje muerto?

—Dios no necesita que vos, señor, le aconsejéis lo que ha de hacer —dijo Reb Eliezer.

—Ordeno que el judío Reb Eliezer sea tenido en prisión a pan y agua y sea torturado hasta que revele qué hizo con esa niña indefensa y quién le asistió en tal abominación, —dijo el investigador.

Inmediatamente los soldados se llevaron a Reb Eliezer Polner y le encerraron en la prisión. También a los dos testigos, Stefan y Bárbara, se les hizo salir de la sala de investigación. El conde Bratislavski les hizo un guiño y sonrió satisfecho.

Cuando por fin se quedó a solas con el investigador, Bratislavski dijo:

—Ahora que se ha verificado la muerte de Hanka, yo, que soy su único heredero, podré recibir toda su fortuna sin más tardanza.

—Esperad un poco, —contestó el investigador—. Dejad que pase el escándalo. Este judío en particular tiene muchos amigos, incluso entre los cristianos. Casi nadie querrá creer que ese banquero anciano ha ido en mitad de la noche con un saco para arrebatáros a vuestra hijita. Es posible que el caso pase después a un tribunal superior. Puede ser, incluso, que el judío tenga aliados en el palacio del emperador. Mientras siga estando vivo y no haya confesado no se le puede ahorcar. Tendréis que esperar algún tiempo antes de cobrar la herencia de Hanka.

—No puedo esperar. Mi honor está en juego, —dijo Bratislavski—. Si no saldo la deuda inmediatamente, mi apellido se habrá envilecido para siempre.

El investigador sonrió astutamente.

—Vuestro apellido se envileció el día en que vos nacisteis.

—¡Mi apellido se conservará sin mancha entre los mejores de toda Bohemia! —alardeó Bratislavski.

—Eso el tiempo lo dirá.

Bratislavski y el investigador siguieron conversando y cuchicheando largo rato. Aunque decían ser cristianos, ninguno de los dos creía en Dios ni en Sus mandamientos. El dinero, las cartas, el vino, los juegos peligrosos, toda clase de ociosos placeres, eso era lo esencial en sus vidas.

Más que todos los demás judíos de Praga, rabí Leib quedó desconsolado cuando supo la terrible noticia de la detención de Reb Eliezer. Toda su vida llevaba rabí Leib esperando la venida del Mesías, el día en que el mundo sería redimido de todo sufrimiento e iniquidad, y la luz de Dios llenaría todas las almas, todos los corazones. Hasta los animales carnívoros dejarían entonces de devorar a otros animales y el lobo viviría pacíficamente al lado del cordero.

Dios volvería a llevar a Su pueblo a la Tierra Santa, el Templo Santo sería reconstruido en Jerusalén, y los muertos resucitarían.

En lugar de eso, ¡una acusación tan fea dirigida contra uno de los hombres más honrados de la comunidad! El rabino sabía que a

esa detención seguirían muchas otras, y que pronto el verdugo de Praga prepararía la horca y la soga para una ejecución.

## IV

Eran exactamente las doce de la noche cuando rabí Leib se levantó para decir sus oraciones de medianoche. Como de costumbre, se puso ceniza sobre la cabeza y comenzó a recitar sus lamentaciones por la destrucción del Templo en tiempos remotos. También derramó lágrimas por la desgracia que se había abatido sobre Reb Eliezer Polner y toda la comunidad judía en el tiempo presente.

De improvviso se abrió la puerta, y entró un hombrecillo que vestía una túnica remendada, con una cuerda ciñéndole las caderas y un saco a la espalda, como un mendigo. Rabí Leib se sorprendió. Creía haber echado la cadena a la puerta antes de ponerse a rezar, pero parecía ser que la puerta estaba abierta.

Rabí Leib interrumpió sus oraciones y tendió la mano al desconocido, porque a los ojos de Dios el honrar a los visitantes es todavía más importante que la oración. Saludó a aquel hombre con las palabras «Shólem aleijem»<sup>[8]</sup>.

—La paz sea contigo. —Y le preguntó—: ¿En qué puedo servirte? —Gracias, no necesito nada. Me iré en seguida, —dijo el desconocido.

—¿A estas horas de la noche? —preguntó rabí Leib.

—Tengo que irme en seguida.

Rabí Leib le miró, y en aquel instante comprendió que aquél no era un caminante como los demás. Rabí Leib vio en sus ojos algo que sólo poseen los grandes hombres, y que sólo los grandes hombres saben ver: una mezcla de amor, dignidad y temor de Dios.

Se dio cuenta de que aquel extraño podía ser uno de los treinta y seis santos ocultos por cuyos méritos existía el mundo, según la tradición. Nunca había tenido rabí Leib el privilegio de conocer a un hombre de esa talla. Incluyó la cabeza y dijo:

—Honorable huésped, los de Praga estamos en un grave apuro. Nuestros enemigos buscan destruirnos. Estamos ahogados en un mar de tribulaciones.

—Lo sé —dijo el desconocido.

—¿Qué podemos hacer?

—Haz un gólem y él os salvará.

—¿Un gólem? ¿Cómo? ¿Con qué?

—Con arcilla. Grabarás uno de los nombres de Dios en la frente del gólem, y con el poder de ese Santo Nombre vivirá durante un tiempo y hará su misión. Se llamará José. Pero debes cuidar de que no caiga en las debilidades propias del ser humano.

—¿Qué Santo Nombre debo grabar? —preguntó rabí Leib.

El desconocido sacó un pedazo de tiza del bolsillo del pecho, y en la cubierta del libro de oraciones de rabí Leib escribió unas letras del alfabeto hebreo. Luego dijo:

—Tengo que irme ya. Atiende a que todo esto permanezca en secreto. Y emplea al gólem solamente para ayudar a los judíos.

Antes de que rabí Leib pudiera pronunciar una sola palabra de gratitud, el hombre desapareció. Entonces se dio cuenta el rabino de que la cadena de la puerta había estado echada todo el tiempo. Se quedó temblando, y alabando a Dios por haberle enviado a aquel mensajero celestial.

Aunque el hombre santo había dicho a rabí Leib que su aparición y la preparación del gólem debían quedar en secreto, rabí Leib vio que tendría que compartirlo con su sacristán, Todrus. Todrus llevaba cuarenta años sirviendo a rabí Leib, y había guardado muchos secretos. Era un hombre robusto, y totalmente fiel al rabino. No tenía esposa ni hijos. Servir a rabí Leib era su vida entera; habitaba en la casa del rabino y se hacía la cama junto a su cuarto de

estudio, para estar siempre a su disposición, aun en mitad de la noche. Rabí Leib llamó suavemente a su puerta y susurró:

—¡Todrus!

—¿Qué deseáis, rabí? —preguntó Todrus, inmediatamente despierto.

—Necesito arcilla.

Otra persona habría preguntado: «¿Arcilla? ¿A estas horas?». Pero Todrus había aprendido a no discutir las órdenes del rabino.

—¿Cuánta arcilla? —preguntó.

—Mucha.

—¿Un saco lleno?

—Diez sacos por lo menos.

—¿Dónde debo poner toda esa arcilla?

—En el ático de la sinagoga.

Había una extrañeza en la mirada de Todrus, pero lo único que dijo fue:

—Sí, rabí.

—Todo esto tiene que quedar en secreto, incluso ante mi familia, —dijo rabí Leib.

—Así se hará —dijo Todrus, y se fue.

Rabí Leib siguió con sus oraciones. Podía estar seguro de que Todrus haría lo que le había mandado.

Cuando acabó con las oraciones de la noche, rabí Leib se volvió a dormir, y se despertó al alba.

Rabí Leib sabía muy bien lo que quería decir la palabra «gólem». Entre los judíos había leyendas de gólems que habían sido creados por santos antiguos para que les salvaran en tiempos de gran peligro. Según las leyendas, sólo a los rabinos más santos se concedía ese poder, y sólo al cabo de muchos días de súplicas, de ayunos y de práctica de los misterios de la Cábala<sup>[9]</sup>. Nunca se le había ocurrido al modesto rabí Leib que a un hombre como él se le pudiera conceder ese privilegio. «¿Será que lo he soñado?», se preguntó. Pero a primera hora de la mañana, cuando abrió la puerta de la sinagoga, vio señales de arcilla en el suelo. Mientras rabí Leib

dormía, Todrus había salido a las zanjas de los alrededores de Praga y había llevado la arcilla al ático. Había que ser muy fuerte y muy fiel para hacer todo aquel trabajo entre la medianoche y el alba.

Habría sido imposible que rabí Leib subiera al ático y se estuviera allí muchas horas sin que su familia lo supiera. Afortunadamente, la esposa del rabino, Genendel, tenía que ir a una boda aquel día, y llevó consigo a sus hijos y a la criada. La novia era una huérfana que tenía un parentesco lejano con Genendel, y la boda se celebraba en una aldea cercana. Rabí Leib no estaba obligado a officiar en la ceremonia.

En el ático, rabí Leib encontró los sacos de arcilla y se puso a esculpir una figura de hombre. Para esculpirla no usaba cincel, sino los dedos. Amasaba la arcilla como si fuera masa de pan. Trabajaba a toda velocidad; al mismo tiempo rezaba para que lo que estaba haciendo saliera bien. Todo el día estuvo rabí Leib atareado en el ático, y, cuando llegó la hora de las oraciones de la tarde, lo que había en el suelo era una forma descomunal de hombre, con una cabeza muy grande, anchos hombros y manos y pies enormes: un coloso de barro. El rabino lo contempló con asombro. Jamás hubiera logrado tal cosa sin la ayuda de la Providencia Todopoderosa y Particular. El rabino había tomado consigo el devocionario donde su santo visitante había escrito el nombre de Dios. Rabí Leib lo grabó en la frente del gólem, con letras hebreas tan pequeñas que sólo él mismo pudiera distinguir las. Inmediatamente, la figura de arcilla empezó a dar señales de vida.

El gólem comenzó a mover los brazos y las piernas y trató de alzar la cabeza. Pero el rabino había tenido cuidado de no grabar el Santo Nombre entero; omitió una pequeña parte de la última letra que era un «alef»<sup>[10]</sup>, para que el gólem no empezara a actuar mientras no estuviera vestido. Como el rabino sabía que los fieles de la comunidad se extrañarían de que no estuviera en la sinagoga para decir las oraciones de la tarde, decidió dejar allí el gólem sin terminar y empezó a bajar los estrechos peldaños. En aquel momento llegaba Todrus de la calle, y el rabino le dijo:

—Todrus, los santos espíritus me han ayudado a hacer un gólem para defender a los judíos de Praga. Sube al ático, para que lo veas con tus propios ojos. Pero hay que vestirle; tendrás que tomarle medida y buscarle ropa. Yo voy a las oraciones de la tarde; cuando encuentres la ropa, ven a decírmelo.

—Sí, rabí.

Rabí Leib se fue a rezar, y Todrus subió al ático por la escalera de caracol. Afuera se estaba poniendo el sol, y a la luz que entraba por las rendijas del tejado Todrus vio al gólem tendido en el suelo tratando de levantarse. Todrus sintió mucho miedo. Al igual que muchos otros judíos de Praga, había oído historias de gólems, pero nunca pensó que iba a presenciar la creación de uno, en su tiempo y casi ante sus ojos.

Largo rato permaneció allí, inmóvil. «¿De dónde voy a sacar ropa para un gigante así?», pensaba, consternado. Aunque se encontrara un sastre que tomara las medidas del gólem y le cosiera un jubón y unos calzones, y aunque se le pudiera encargar a un zapatero que le hiciera un par de botas, en todo eso se tardaría semanas o meses; y los judíos de Praga corrían grave peligro en aquellos días.

Todrus sabía, al cabo de cuarenta años de servicio, que cuando rabí Leib daba una orden había que actuar sin demora. El sol se había puesto, y en el ático se hizo la oscuridad. Todrus corrió escaleras abajo; el corazón le golpeaba en el pecho, y las piernas se le doblaban. Salió a la calle y respiró hondo. Luego echó a andar en dirección a la antigua plaza del mercado, esperando contra toda esperanza encontrar alguna solución milagrosa. Había caído la noche, y las tiendas empezaban a cerrar. De pronto Todrus vio, en una de ellas, un sombrero enorme, demasiado grande para una cabeza humana. Era una muestra que un sombrerero tenía en su escaparate. Cuando Todrus entró en la tienda vio un jubón, unos calzones y unos zapatos de aquella misma talla increíble. Atónito, preguntó al dueño de dónde había sacado aquellas cosas tan curiosas. El dueño le contó que cuarenta años atrás había venido a Praga un circo extranjero, para representar una obra titulada «David



y Goliat». Y sucedió que los del circo riñeron unos con otros, la obra no había atraído al público, y todos los accesorios y decorados se vendieron a muy bajo precio. Y siguió diciendo:

—Yo compré estas cosas por cuatro perras, porque me parecieron una cosa rara que podría atraer clientela. Pero llevan estando aquí tantos años que ya nadie las mira. Además están llenas de polvo, y yo no tengo ni tiempo ni paciencia para airearlas y cepillarlas. ¿Por qué lo preguntabas? Voy a cerrar la tienda.

—Quiero comprarlas, —dijo Todrus—. Si me las pones a un precio razonable.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—¿Quién sabe? —repuso Todrus—. Tú ponme un precio razonable.

—Bueno, esto es lo más raro que me ha ocurrido en muchos años, —dijo el comerciante—. Nadie se había interesado por esos cachivaches.

Sugirió una cantidad bajísima, y en un santiamén quedó hecho el trato.

Todrus era conocido por su honradez, y llevaba siempre una bolsa con dinero perteneciente a la comunidad, que rabí Leib le confiaba.

Temió que alguien le parase por la calle al ver aquello tan raro, pero afortunadamente no había nadie a aquella hora de la noche. Los hombres estaban todos en la sinagoga, y las mujeres estaban haciendo la cena para sus maridos y sus hijos. Todrus se las arregló como pudo para subir hasta el ático de la sinagoga sin ser visto, y depositó en el suelo la ropa, el sombrero y los zapatos para el gólem. ¡Qué extraño, el gólem había conseguido incorporarse!

Afuera brillaba la media luna, y a su luz vio Todrus que el gólem estaba sentado, apoyado en un viejo tonel que tenía libros mohosos, y miraba en derredor con cara de extrañeza. A Todrus le dio tal espanto que recitó las palabras: «¡Oye, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno!».

Al cabo de un rato oyó que por la escalera subía rabí Leib, con una linterna en la que ardía una vela de cera. El rabino vio el jubón, el sombrero y los zapatos, y dijo a Todrus:

—Todo está planeado por la Providencia. Aunque el hombre tenga libre albedrío, la Providencia prevé todas sus acciones.

Cuando hubieron vestido al gólem con aquella ropa estrafalaria, el rabino dijo:

—Gracias, Todrus; ahora déjame solo.

—Sí, rabí —dijo Todrus, y bajó la escalera todo lo deprisa que pudo.

Durante largo rato rabí Leib miró al gólem boquiabierto, perplejo ante su propia creación. ¡Qué extraño estaba el ático de la sinagoga a la débil luz de la linterna! En los rincones, enormes telarañas colgaban de las vigas. Por el suelo había tirados mantos de oración viejos y rasgados, cuernos de carnero resquebrajados, candelabros rotos, restos de candeleros, lámparas de Januká<sup>[11]</sup> y páginas descoloridas de manuscritos copiados por escribas desconocidos u olvidados. Por las grietas y goteras del tejado, el polvo iluminado por la luna reflejaba los colores del arco iris. Se sentían los espíritus de generaciones que habían vivido, padecido, servido a Dios, soportado la persecución y la tentación, y enmudecido para siempre. Un extraño pensamiento cruzó la mente de rabí Leib: «Si los que niegan que Dios creó el mundo fueran testigos de lo que he hecho yo, un hombre nacido de mujer, se avergonzarían de su herejía. Pero tal es el poder de Satán que ciega los ojos y confunde los espíritus. También Satán fue creado por Dios, para que el hombre tuviera libre voluntad para escoger entre el bien y el mal».

Mientras rabí Leib miraba al gólem, el gólem parecía devolverle la mirada con sus ojos de barro. Entonces el rabino dijo:

—Gólem, no estás formado del todo, pero ahora te voy a terminar. Sabe que fuiste creado para poco tiempo y con un propósito. No intentes nunca salirte de esa senda. Harás lo que yo te mande.

Diciendo estas palabras, rabí Leib acabó de grabar la letra alef. Al momento el gólem empezó a ponerse en pie. El rabino le dijo:

—Baja y espérame en el patio de la sinagoga hasta que yo te dé otras instrucciones.

—Sí —dijo el gólem con una voz hueca, como si saliera de dentro de una cueva. Luego bajó al patio de la sinagoga, que estaba vacío. La gente de la judería se acostaba temprano y se levantaba con el alba. Después de la oración todos se habían ido a sus casas.

## V

Rabí Leib estaba pensando en el gólem, y por eso no prestó mucha atención a la conversación de su esposa e hijos, que habían vuelto de la boda y hablaban de la novia, del novio y de los invitados. El rabino solía irse a la cama pronto, para después levantarse a decir las oraciones de medianoche. Aquel día esperó a que su esposa e hijos estuvieran acostados, y entonces salió sin hacer ruido al patio de la sinagoga. El gólem estaba allí esperando. El rabino se le acercó.

—Gólem, desde ahora te llamarás José.

—Sí.

—José, pronto tendrás que encontrar a la hija del conde Bratislavski, que es una niña que se llama Hanka. Su padre sostiene que los judíos la han matado, pero yo estoy seguro de que la tiene escondida en alguna parte. No me preguntes dónde tienes que ir a buscarla. Esos poderes que te dieron la vida te darán también el conocimiento de dónde está. Tú eres parte de la tierra, y la tierra sabe muchas cosas: sabe hacer crecer la hierba, las flores, el trigo, el centeno, la fruta. Espera al día en que Reb Eliezer sea llevado a juicio, y entonces lleva a la niña y demuestra a nuestros enemigos cuán falsa su acusación.

—Sí.

—¿Hay algo que quieras preguntar? —dijo el rabino al gólem.

—¿Qué preguntar? —contestó el gólem.

—Como has sido creado con un único fin, se te ha dado un cerebro diferente del de los hombres. Sin embargo, nunca se sabe

cómo funciona un cerebro. Mientras descansas esperando el día en que tendrás que encontrar a Hanka, acaso duermas, acaso sueñes, acaso veas cosas u oigas voces. Tal vez los demonios quieran llegar hasta ti. No les hagas ningún caso. Nada malo te puede pasar. El pueblo de Praga no debe verte hasta el día en que debas ser visto. Hasta entonces, vuelve al ático donde te formé y duerme allí el sueño apacible del barro. Buenas noches.

Rabí Leib volvió el rostro hacia su casa. Sabía que el gólem haría exactamente lo que se le decía. Al llegar a casa, el rabino recitó la oración de la noche y se acostó. Por primera vez en muchos años no se pudo dormir. Se le había concedido un gran poder desde el cielo, y tenía miedo de no haberlo merecido. Sentía además una especie de compasión hacia el gólem. Creía haber visto una expresión de perplejidad en sus ojos. Le parecía al rabino que los ojos del gólem preguntaban: «¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el secreto de mi ser?». Rabí Leib veía a menudo aquel mismo estupor en los ojos de los niños recién nacidos, y hasta en los ojos de los animales.

## VI

Los que querían que los judíos tuvieran una Pascua muy triste habían dispuesto que el juicio se celebrase en seguida. El día antes de la Pascua se llevó a Reb Eliezer Polner ante el tribunal, junto con otros varios jefes de la comunidad, de quienes se afirmaba que le habían ayudado en el asesinato.

Había tres jueces con peluca en la cabeza revestidos de largas togas negras. Los judíos estaban encadenados y custodiados por soldados que llevaban espadas y picas. El juez que presidía el tribunal había prohibido que los judíos de Praga presenciasen el juicio, pero no pocos enemigos de Israel acudieron con sus esposas y sus hijas para estar presentes en la deshonra de los judíos. El fiscal apuntó con el dedo índice a Reb Eliezer Polner y los otros acusados, y dijo:

—Se consideran el pueblo elegido de Dios, pero ved cómo se comportan. En lugar de estar agradecidos a nuestro emperador y a todos nosotros por permitirles que vivan aquí, matan a nuestros hijos como si fueran cerdos y vierten su sangre en sus «matzot». No son el pueblo de Dios, sino seguidores del Demonio. La sangre de la pequeña Hanka, asesinada, está pidiendo venganza. Los culpables no son sólo el judío Eliezer Polner y los demás conspiradores, sino toda la comunidad judía.

Unas cuantas mujeres de las de más edad empezaron a sollozar al oír esas palabras. Otras más jóvenes se hicieron guiños y sonrieron. Comprendían que todo aquello era un invento. El conde

Bratislavski fingió enjugarse las lágrimas. Los judíos habían llamado a rabí Leib como testigo de la defensa, y el fiscal le preguntó:

—¿Está escrito en vuestro maldito Talmud que se debe poner sangre cristiana en la masa de vuestras «matzot»?

—No hay rastro de tal cosa, ni en el Talmud ni en ningún otro de nuestros Libros Santos, —respondió rabí Leib—. Nosotros no hacemos las «matzot» en sótanos oscuros, sino en panaderías, con las puertas abiertas. Todo el que lo desee puede ir a verlo. Las «matzot» no contienen más que harina y agua.

—¿No es un hecho que cientos de judíos han sido condenados por poner sangre en las «matzot»? —preguntó el fiscal.

—Lamento decir que eso es cierto. Pero no demuestra que los acusados fueran culpables. Nunca faltan testigos perversos que están dispuestos a dar falso testimonio, sobre todo si se les soborna para que lo hagan.

—¿No es un hecho que muchos de esos judíos confesaron su crimen?

—También eso es cierto, pero si confesaron fue después de que se quebrantaran sus cuerpos en el potro de tormento y después de que se les atravesaran los dedos de las manos y de los pies con agujas ardientes. El dolor que un hombre puede soportar tiene su límite. Todos habéis oído el caso de la villa de Altona, donde una cristiana inocente fue acusada de ser bruja y sometida a tan largas torturas que confesó haber vendido su alma a Satán y fue quemada en la hoguera. Más tarde se descubrió que un enemigo de aquella mujer había pagado a personas malas para que testificaran contra ella.

El presidente del tribunal golpeó con el mazo en la mesa y dijo:

—Responded a las preguntas del fiscal y no habléis de asuntos que nada tienen que ver con este proceso. Estamos aquí para juzgar el asesinato de una niña, no la inocencia de una bruja.

De pronto la puerta de la sala, que estaba cerrada con cerrojo, se abrió de par en par, y un gigante de cara amarillenta como el barro entró corriendo, con una niñita entre sus enormes brazos. La

niña estaba llorando, y el gigante la depositó junto al banco de los testigos y se marchó inmediatamente. Todo sucedió tan deprisa que la gente que estaba en la sala apenas pudo entender lo que estaba pasando. Nadie acertó a decir palabra. La niña echó a correr hacia el conde Bratislavski, se agarró a sus piernas y gritó: «¡Papá, papá!».

Jan Bratislavski se puso pálido como la cera. Los testigos que estaban en el banco para declarar se quedaron boquiabiertos. El fiscal, atónito, alzó los brazos con gesto de desesperación. Algunas de las mujeres que había en la sala empezaron a reír, en tanto que otras sollozaban históricamente. El presidente del tribunal meneó su empelucada cabeza y preguntó:

—¿Quién eres, niña? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Hanka. Éste es mi papá —respondió la niña con esfuerzo en medio de sus lloros, señalando con un dedito a Jan Bratislavski.

—¿Es ésa vuestra hija Hanka? —preguntó el juez.

Bratislavski no contestó.

—¿Quién era ese gigante que te ha traído hasta aquí, Hanka? —preguntó el juez—. ¿Dónde has estado durante todos estos días?

—¡Calla, no digas ni una palabra! —vociferó Bratislavski a su hija.

—Responde, ¿dónde estabas? —insistió el juez.

—En casa, en un sótano, —contestó la niña.

—¿Quién te metió allí? —preguntó el juez.

—Cierra la boca. No digas nada, —aconsejó Bratislavski a su hija.

—Tienes que contestar, lo manda la ley, —dijo el juez—. ¿Quién te metió en el sótano?

Aunque el juez estaba del lado del conde Bratislavski, ya no le apetecía seguir tomando parte en aquella farsa. Eran muchos los ciudadanos cristianos de Praga que querían saber la verdad. El presidente del tribunal había sabido que hasta el emperador estaba molesto por aquel juicio amañado. Los cristianos inteligentes de



Europa no creían ya en aquella acusación horripilante. Por eso el astuto juez había decidido hacer el papel de hombre honrado.

Hanka guardaba silencio, mirando del juez a su padre y de éste a aquél.

Por fin dijo:

—Ese hombre y esa mujer me encerraron en el sótano, —y señaló a Stefan y Bárbara—. Dijeron que mi papá les había mandado que lo hicieran.

—Es mentira. Está mintiendo, —protestó Bratislavski—. Los judíos han hechizado a mi hijita para hacerle creer esa estupidez. Es mi única hija queridísima, y antes me dejaría sacar los ojos que hacerle ningún mal. Yo soy el gran Jan Bratislavski, uno de los pilares del estado de Bohemia.

—Ya no lo sois, —dijo fríamente el presidente del tribunal—. Habéis perdido vuestra fortuna jugando a las cartas. Firmásteis un pagaré por una cantidad que no podíais pagar. Sobornásteis a esos dos rufianes para que encerraran a vuestra hija en un sótano, y así heredaríais sus joyas. Por esos delitos seréis castigado severamente, y perderéis todo derecho sobre vuestras tierras y propiedades. Stefan y Bárbara, —prosiguió el juez—, ¿quién os dijo que metíais en el sótano a esa tierna niña? Decid la verdad, si no queréis que os mande azotar.

—Fue el conde, —contestaron los dos. Bárbara empezó a chillar.

—Nos hizo beber y nos amenazó con matarnos si no le obedecíamos.

—A mí me prometió veinte ducados de oro y un barril de vodka, —exclamó Stefan.

El juez golpeaba con el mazo una y otra vez, pero el griterío que se había alzado en la sala era incontenible. Unos hombres daban voces, otros sacudían el puño. Algunas mujeres se desmayaron. El conde Bratislavski alzó la mano y empezó a decir al tribunal que el propio juez era cómplice de su delito e iba a llevarse una parte de la herencia, pero el juez vociferó:

—Soldados, os ordeno que encarceléis al despreciable criminal Jan Bratislavski y le arrojéis a las mazmorras. —Luego apuntó a Bratislavski y añadió—: Lo que ese bribón tenga que decir, lo dirá en el patíbulo y con una soga al cuello. Ahora, judíos, todos quedáis libres. Volved a vuestras casas y celebrad vuestra fiesta. Soldados, quitadles las cadenas. Ante un tribunal justo como es éste, y un juez honrado como soy yo, la verdad prevalece siempre.

—¿Quién era el gigante? —preguntaban voces por todas partes. Pero nadie sabía responder. Era todo como un sueño, o como uno de esos cuentos que cuentan las viejas mientras hilan el lino a la luz de una vela.

## VII

Aunque el santo le había dicho a rabí Leib que guardara en secreto la creación del gólem, el hecho de su existencia se supo. Por toda la ciudad de Praga y por toda Bohemia corrió la noticia del gigante que había salvado a los judíos de Praga de la falsa acusación. También el emperador Rodolfo II oyó hablar del proceso, y ordenó a rabí Leib que llevase al gigante a su palacio en cuanto pasaran los ocho días de la Pascua.

La noche después de que el gólem llevara a Hanka ante el tribunal y Reb Eliezer y los otros jefes de la comunidad quedaran libres, el rabino subió al ático de la sinagoga y encontró allí al gólem tendido como una estatua. Rabí Leib se le acercó y le borró el Santo Nombre que había grabado en su frente, asegurándose así de que el gólem no se dejase ver en los días de Pascua, lo que habría ocasionado un alboroto entre judíos y cristianos por igual.

Fue una fiesta feliz para los judíos de Praga. A la vez que recitaban los milagros que sus antepasados habían conocido en la tierra de Egipto, comentaban también en voz baja el gran milagro que había habido allí mismo, en Praga. En Pascua cada judío es un rey, y cada judía una reina. Era un gran consuelo saber que Dios seguía estando allí para proteger a Su pueblo de los faraones de hoy, lo mismo que lo había protegido hacía más de tres mil años.

Acabada la Pascua, rabí Leib subió al ático en mitad de la noche y, para cumplir el mandato del emperador, volvió a grabar el Santo Nombre en la frente del gólem. Esta vez el rabino ya no podría

ocultar la existencia del gólem a su familia ni a otros judíos, ni siquiera a los gentiles<sup>[12]</sup>.

Cuando la esposa del rabino, sus hijos y sus nietos vieron al gólem caminando junto al rabí Leib, dieron gritos y huyeron espantados. Los caballos que estaban enganchados a carretas y carruajes se ponían a galopar enloquecidos o se alzaban sobre las patas traseras al ver al gólem. Los perros ladraban furiosamente. Las palomas volaban lo más alto que podían y hacían círculos sobre los tejados. Los grajos graznaban. Hasta los bueyes y las vacas se ponían a mugir cuando veían al gólem dando zancadas con sus largas piernas, sacando la cabeza por encima de todos.

Cuando rabí Leib se acercaba al palacio del emperador y los guardias vieron al gólem, se olvidaron de su deber de guardar la entrada de la morada real y pusieron pies en polvorosa. No tardó el emperador en enterarse de lo que estaba pasando, y salió a recibir al rabino y su monstruoso compañero. Rabí Leib inclinó la cabeza y mandó al gólem hacer lo mismo.

El emperador preguntó:

—¿Quién es este coloso... , vuestro Mesías?

—Majestad, —respondió rabí Leib—, no es nuestro Mesías, sino un gólem hecho de arcilla.

—¿Quién le dio vida? ¿Cómo llegó a Praga? —preguntó el emperador.

Rabí Leib no podía decir la verdad, pero tampoco quería mentir. Así que dijo:

—Majestad, hay secretos que ni siquiera a un rey se pueden revelar.

La conversación del emperador con rabí Leib duró largo rato, y durante todo ese tiempo el gólem permaneció muy tieso, sin mover ni uno solo de sus miembros. El emperador dijo:

—Con un gigante como éste, los judíos podríais conquistar el mundo entero. ¿Qué garantía tenemos de que no vayáis a invadir todos los países y esclavizarnos a todos?

A esto rabí Leib replicó:

—Los judíos hemos sabido lo que es la esclavitud en el país de Egipto, y por eso no queremos esclavizar a otros. El gólem no es más que un auxilio temporal que se nos ha dado en un momento de peligro excepcional. El Mesías vendrá cuando los judíos, por sus acciones virtuosas, merezcan ser redimidos.

—¿Y cuánto tiempo va a vivir esta monstruosidad? —preguntó el emperador, señalando al gólem.

—Ni un día más de lo que haga falta, —respondió rabí Leib.

Mientras el emperador y el rabino conversaban, las campanas de toda Praga empezaron a tocar. Había en la ciudad una alta torre que se llamaba la Torre de los Cinco. Era tan antigua que nadie sabía la razón de ese curioso nombre. Según una leyenda, había pertenecido a cinco hermanos de sangre real cuando la población de Bohemia adoraba aún a los ídolos. En el campanario de lo alto de la torre había una campana de cobre, y desde allí vigilaba siempre un vigía, por si se producía un incendio o una invasión súbita. Cuando el vigía vio el gólem se puso a tocar la campana, y todos los campaneros de todas las iglesias hicieron lo mismo. El emperador se inquietó y pidió a rabí Leib que se deshiciera del gólem, pero rabí Leib le prometió que no pasaría nada malo en Praga ni en ningún otro lugar del Sacro Imperio. Era la primera vez en la historia de los judíos, desde que fueran desterrados de su país, que un rabino tenía que prometerle a un emperador que el rabino los salvaguardaría, a él y a su pueblo, de una posible desgracia.

Cuando rabí Leib regresó a la judería con el gólem, la ciudad parecía vacía. Todas las tiendas estaban cerradas; nadie se atrevía a salir. La ciudad estaba desierta, como en tiempo de epidemia, cuando todos procuran no salir a la calle por no respirar el aire pestilente.

Como el rabino había prometido al emperador deshacerse del gólem lo antes posible, y como los judíos de Praga no estaban amenazados por ningún peligro inmediato, el rabino decidió llevar al

gólem al ático y borrarle el Santo Nombre. Rabí Leib le dijo al gólem que subiera al ático y que le esperase allí.

El gólem hizo lo que se le ordenaba. Cuando pasó la alarma y los jefes de la congregación vinieron al rabino para preguntarle por su audiencia con el emperador, el rabino se lo contó todo y les aseguró que al día siguiente el gólem no sería más que un enorme terrón de arcilla. Volvería a haber paz y orden en la ciudad de Praga, así como en la judería. Algunos de los jefes de la comunidad le dijeron: «¿Por qué deshacerse de algo que es un pilar de fuerza para los judíos? Tal vez deberíamos dejarle vivir». Pero rabí Leib dijo: «Según nuestros Libros Santos, no es así como ha de venir nuestra salvación. Nuestro Mesías será un hombre santo de carne y hueso, no una gigantesca figura de arcilla». Y siguió diciendo: «Lo que Dios hizo una vez por nosotros, lo puede volver a hacer en tiempos de gran peligro». Citó una frase del Talmud: No todos los días se hacen milagros.

## VIII

Rabí Leib había mantenido la promesa hecha al santo que le visitó en mitad de la noche, y no quiso confiar a su mujer, Genendel, con qué poder había creado al gólem, a pesar de que ella se lo preguntaba a menudo. Pero Genendel lo supo por Todrus, el sacristán. El motivo de que Genendel quisiera conocer todos los detalles de lo referente al gólem era éste: la casa del rabino tenía un jardín con muchos árboles frutales y gran abundancia de flores, y en medio del jardín había una peña enorme. Esta peña era tan grande que en quitarla con un pico y una pala se habría tardado años. Había una leyenda acerca de la peña, que decía que debajo de ella estaba enterrado un gran tesoro de piezas de oro. Según esa historia, en otro tiempo había vivido en la ciudad de Praga un judío muy rico, un alquimista que transformaba el plomo en oro. Se pasaba todo el día estudiando el Talmud y otros libros sagrados, pero por las noches exploraba la magia de la alquimia. No utilizaba el oro para su propio provecho, sino que se lo daba a los pobres. También lo enviaba con mensajeros a Tierra Santa, donde sostenía una «yeshivá»<sup>[13]</sup> de cabalistas<sup>[14]</sup>. Pero un día el rey de Bohemia, que era un tirano depravado y codicioso, decidió dar muerte a aquel santo y apropiarse de todo su tesoro. Inventó un delito absurdo de que acusarle, y el alquimista fue enviado a la horca. Cuando el mártir estaba ya en el patíbulo, con la soga al cuello, gritó al rey: «En tu vida verás ese oro ni podrás servirte de él». En el momento en que el santo alquimista acababa de ser ahorcado, el monarca se quedó ciego, y así se cumplió que no pudiera nunca ver el botín.

Contrajo además la lepra, y el hedor que despedía su carne era tan espantoso que tuvo que abdicar, y se le envió a un lugar apartado que se reservaba para los leprosos. El nuevo rey también quería el tesoro para sí, pero del cielo cayó un peñasco sobre el oro, y lo hundió profundamente en la tierra, donde ahora estaba el jardín de rabí Leib.

Por más que se hiciera, nadie sería capaz de desenterrarlo.

Genendel hacía muchas obras de caridad. Llevaba años y años pensando cómo se podría mover la peña y sacar el oro para ayudar a los pobres de la judería y a los cabalistas de Tierra Santa. Como el propio rabí Leib era un conocido cabalista, a menudo Genendel había intentado convencerle de que empleara los poderes de la cábala para apartar la peña. Pero rabí Leib le tenía dicho que lo que el cielo ha tapado, ningún hombre lo puede destapar. Ahora que Genendel había visto la fuerza sobrenatural del gólem, se le ocurrió que quizá el destino le hubiera enviado para rescatar el tesoro perdido. Cuando rabí Leib volvió de la audiencia con el emperador, Genendel trató de persuadir a su marido de que se sirviera del gólem para mover la peña. Le habló durante horas, haciéndole ver a cuánta gente se podía ayudar con el oro. Tanto apeló a la naturaleza compasiva del rabino, que éste cedió y, aunque a regañadientes, prometió hacer lo que su esposa le pedía.

Aquella noche el rabino y su esposa no pudieron dormir. Al amanecer rabí Leib subió al ático de la sinagoga, grabó el Santo Nombre en la frente del gólem y le ordenó que apartara la peña y sacara el oro de donde estaba escondido.

Antes, cada vez que el rabino daba una orden al gólem, éste decía que sí, en señal de su buena disposición y su capacidad para hacer lo que se le decía.

Pero esta vez el gólem no contestó. Incorporándose, miró fijamente al rabino, a la luz de la luna que entraba por las rendijas del tejado. Había algo desafiante en aquella mirada. Rabí Leib preguntó:

—¿Has oído lo que te he mandado hacer?



Y el gólem dijo:

—Sí.

—¿Lo harás? —preguntó rabí Leib. Y el gólem repuso:

—No.

—¿Por qué no? —preguntó, asombrado, rabí Leib. Pareció como si el gólem reflexionara por unos instantes, y luego dijo:

—Gólem no saber.

Rabí Leib se dio cuenta de que era él, el rabino, el que había hecho mal al ceder a los deseos de Genendel. Son tales las reglas que gobiernan la magia, que con un poco de mal uso que se haga de ella se anula su poder. Como rabí Leib había prometido al emperador poner fin a la existencia del gólem, le dijo:

—Baja la cabeza.

Tenía la intención de borrar el Santo Nombre de la frente del gólem, ya para siempre. Pero, en vez de bajar la cabeza, el gólem dijo:

—No.

Rabí Leib comprendió claramente que había perdido para siempre la autoridad que tenía sobre el gólem.

El rabino se afligió. De nada serviría discutir con un gólem que no tenía entendimiento. Rabí Leib había cometido un error que ya no podía corregir.

## IX

Por la ciudad de Praga corrió la noticia, entre los judíos y entre los cristianos, de que rabí Leib había perdido su poder sobre el gólem, que andaba de acá para allá por el patio del rabino, ayudando torpemente en sus tareas a Todrus, el sacristán. La gente esperaba que el emperador castigaría a rabí Leib, y que quizá dictase severos decretos contra toda la comunidad judía. Parecía, sin embargo, que ni siquiera un emperador tan poderoso como era Rodolfo II se atrevía a enemistarse con rabí Leib, con los judíos y sobre todo con el gólem.

Además, el gólem no parecía peligroso para nadie. Se comportaba como un niño gigantesco, deseoso de servir a los demás. Se contaban divertidas historias acerca de él.

Había un aguador que solía llevar a casa de rabí Leib el agua necesaria para cocinar y lavar. Sucedió que el aguador cayó enfermo, y Genendel le pidió al gólem que llevara agua a la casa. Él en seguida cogió un par de cubos y corrió al pozo. Cuando las muchachas que iban al pozo a sacar agua y lavar la ropa vieron al gólem, se asustaron, dejaron allí sus cubos y su ropa y escaparon aterrorizadas. El gólem llenó sus cubos, los llevó a toda velocidad a la cocina del rabino y echó el agua en la cisterna. Dio la casualidad de que Genendel tuvo que salir de casa para atender a otras faenas domésticas, y el gólem siguió acarreado más y más agua. Cuando volvió la esposa del rabino, todas las habitaciones de la casa estaban inundadas. Genendel intentó explicarle al gólem que había

que echar agua en la cisterna hasta que se llenara y nada más, pero era imposible hacérselo entender.

Hasta entonces al gólem no le había hecho falta comer. De pronto le entró apetito. Cuando Genendel le daba una barra de pan, se la tragaba de un bocado.

Cuando tenía sed metía la cara en un cubo de agua y se bebía la mitad de un trago. Una vez salió de casa, y en la calle los niños estaban jugando a tula, y él se puso a jugar con ellos, dando saltos por encima de todo lo que encontraba a su paso. Otro día entró en la cocina cuando la cocinera del rabino estaba calentando una olla de carne, y el gólem agarró la olla y se echó a la boca todo lo que contenía.

Como rabí Leib no veía manera de deshacerse de él, decidió enseñarle a comportarse como un ser humano, pero el gólem tenía la misma mentalidad que un niño de un año mientras que sus fuerzas eran las de un león. En vez de hablar, rugía. Cuando algo le gustaba se reía estrepitosamente. Cuando algo le molestaba mostraba una cólera terrible. En una ocasión en que Genendel le dio un cuenco de sopa con una cuchara, se tragó la cuchara con la sopa. Igual que a un niño, todas las cosas le parecían juguetes. Levantaba en vilo un caballo y salía corriendo con él. Una vez pasó junto a un monumento, que era un rey de bronce con una espada en la mano y montado a caballo. El gólem se emocionó tanto que arrancó el monumento de sus cimientos y echó a correr con él.

Para él todo eran cosas de jugar, lo mismo una escalera que un montón de ladrillos, un barril de conservas que un soldado de carne y hueso. Entraba en una panadería, sacaba todas las hogazas del horno e intentaba tragárselas. Un día quiso comerse toda la carne que había en una carnicería. A veces también salía algo bueno de sus travesuras. En una ocasión pasó junto a una casa donde había un incendio que los bomberos trataban de apagar; el gólem saltó a la casa y apagó las llamas con sus manos desnudas. Cuando salió estaba todo negro de humo y hollín, y los bomberos le limpiaron dirigiendo hacia él sus mangueras.

Al cabo de cierto tiempo empezó a mostrar algunos indicios de madurez y desarrollo espiritual. Parecía estar aprendiendo algo más del idioma idish<sup>[15]</sup> y pronunciaba las palabras con mayor claridad. Manifestaba una cierta capacidad de madurar. Algunos judíos de Praga pensaban que valía la pena soportar todos sus desmanes, con la esperanza de que algún día se hiciera adulto y fuera un constante defensor de los judíos de Bohemia, y acaso también de otros países. Los había, incluso, que pensaban que quizá fuera un precursor del Mesías. Se sabía que los enemigos de los judíos estaban muy intranquilos por la existencia del gólem, y se sentían amenazados por él y por su fuerza. Había adivinos en Praga que pronosticaban que con ayuda del gólem los judíos gobernarían el mundo entero. Pero rabí Leib no compartía esas esperanzas. Él sabía que nuestra salvación no podría venir nunca de la mera fuerza brutal.

## X

Para su desilusión, rabí Leib empezó a darse cuenta de que el gólem se iba haciendo más humano cada día; estornudaba, bostezaba, reía, lloraba. Hasta le entró afición por la ropa. Una vez en que rabí Leib se quedó dormido de día, al despertarse vio al gólem tratando de ponerse su sombrero de piel y su túnica con cenefas y hasta sus zapatillas, aunque nada de aquello le servía. Se miraba en el espejo y hacía visajes. También observó rabí Leib que al gólem empezaba a despuntarle la barba. ¿Se iría a convertir en un hombre como los demás?

Un día estaba rabí Leib en su estudio leyendo un libro, y entró el gólem.

Hasta entonces el gólem siempre se había movido haciendo ruido y alborotando.

Esta vez abrió la puerta con cuidado y entró con pasos sigilosos. Rabí Leib levantó la vista del libro.

—¿Qué quieres, José? —preguntó.

El gólem no respondió de inmediato. Pareció que titubeaba un momento, y después preguntó:

—¿Quién gólem?

Rabí Leib le miró muy extrañado.

—Tú eres José el gólem.

—¿Gólem viejo?

—No eres viejo.

—¿Gólem «Bar Mitzvá»<sup>[16]</sup>?

Rabí Leib no podía dar crédito a sus oídos. ¿Dónde había aprendido el gólem aquellas cosas?

—No, José.

—Gólem querer «Bar Mitzvá».

Todavía te queda mucho tiempo.

El gólem guardó silencio. Después preguntó:

—¿Quién padre gólem?

—El padre de todos nosotros está en el cielo, —respondió rabí Leib.

—¿Quién madre gólem?

—No tienes madre.

—¿Gólem hermano, hermana?

—No, José.

El gólem hizo una mueca de dolor, y de repente soltó un sollozo horrible.

Rabí Leib tembló.

—¿Por qué lloras, José?

—Gólem solo.

Un fuerte sentimiento de compasión se apoderó de rabí Leib.

—No llores. Has ayudado a los judíos, has salvado a toda la comunidad. Todo el mundo es amigo tuyo.

El gólem pareció sopesar aquellas palabras.

—¡Gólem no querer ser gólem! —exclamó.

—¿Qué quieres ser?

—Gólem querer padre, madre. Todos huir de gólem.

—El sábado, en la sinagoga, antes de la lectura de la Torá<sup>[17]</sup>, haré saber que nadie debe huir de ti. Ahora baja la cabeza.

—¡No!

Rabí Leib se mordió los labios.

—José, tú no has sido creado como todo el mundo. Ya has hecho tu tarea, y ahora es tiempo de que duermas. Baja la cabeza y yo te daré descanso.

—Gólem no querer descanso.

—¿Qué es lo que quieres?

—Gólem no querer ser gólem, —clamó el gólem con voz lastimera.

Impresionado por la rabieta del gólem, rabí Leib dijo:

—Sé bueno, José. Ya has cumplido el mandato de Dios. Cuando te necesitemos, te despertaremos. Ahora baja la cabeza, te lo suplico.

—¡No!

El gólem salió del estudio dando un portazo, y echó a correr por las calles de Praga, sembrando el pánico en todos los que le veían. Pisó una canasta de fruta y rompió los puestos de los verduleros. Puso patas arriba toneles y cajones. Rabí Leib se enteró de lo que estaba pasando, y pidió a Dios que el gólem no hiciera nada que pusiera en apuros a la comunidad. No hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que en el estudio del rabino se presentara un alto jefe de la policía, que le dijo:

—Rabí, vuestro gólem está destruyendo la ciudad. Tenéis que refrenarle; si no, todos los judíos tendrán que abandonar la ciudad de Praga.

El gobierno no se contentó con avisar a rabí Leib. Salió una orden de capturar al gólem, encadenarle, y, si oponía resistencia, cortarle la cabeza. Se cerraron algunas de las calles que conducían al palacio. Por unos sitios y otros se abrieron zanjas para que el gólem cayera en ellas si pasaba por allí. Pero al gólem no le daban miedo ni los soldados ni las vallas ni las zanjas. Atravesaba todas las barreras. Cogía a los soldados de carne y hueso y se ponía a jugar con ellos como si fueran soldaditos de plomo. Le lanzaban piedras pesadas, y rebotaban en él como si estuviera hecho de acero. Al cabo de un tiempo volvió a la judería. Pasó por un «jeder<sup>[18]</sup>» donde un maestro estaba enseñando el abecedario a los niños pequeños. El gólem entró en el «jeder» y se sentó en un banco. Los niños miraban con asombro al gigante que se había sentado entre ellos. Aun estando sentado, daba con la cabeza en el techo. El maestro comprendió que lo mejor sería seguir dando clase como si nada hubiera sucedido.

—Alef, bet, guimel, dalet... —recitó, señalando con un puntero de madera a las letras que había escrito en una tablilla.

—Alef, bet, guimel, dalet, —repitió el gólem con una voz que estremecía los muros.

En la puerta abierta apareció Todrus, el sacristán.

—José, el rabino quiere verte.

—Gólem querer alef, bet, guimel, dalet, —declaró el gólem.

—Tienes que venir conmigo, —dijo Todrus.

Por un momento el gólem puso cara de furia. Pareció como si fuera a agarrar a Todrus en sus manazas y romperle todos los huesos del cuerpo. Pero en seguida se levantó y se fue con Todrus. Cuando llegaron al estudio del rabino estaba ya atardeciendo. Rabí Leib había ido a la sinagoga a decir las oraciones de la tarde. El gólem pasó a la cocina. Había encendida una lámpara de aceite.

La esposa del rabino, Genendel, estaba rezando con un devocionario. Todos los hijos del rabino estaban casados y tenían hijos propios. Además de la criada, Genendel tenía en casa a una muchacha huérfana llamada Miriam, que ayudaba en las tareas domésticas. El gólem se sentó en el suelo. Parecía cansado. Miriam le preguntó:

—¿Tienes hambre, José?

—Hambre, —repitió el gólem.

Miriam le sacó un plato grande de gachas, y el gólem lo vació al instante.

Luego dijo:

—Gólem hambre.

Miriam le dio pan, cebollas, rábanos. El gólem se lo tragaba todo visto y no visto. Miriam sonrió y le preguntó:

—¿Dónde echas toda esa comida?

—Comida, —repitió el gólem como un eco. Y de repente dijo—: Miriam guapa chica.

Miriam se echó a reír.

—Oye, gólem, no sabía yo que te fijaras en las chicas.

—Miriam guapa chica, —dijo el gólem.



Si otro hombre le hubiera dicho eso a Miriam, ella se habría puesto colorada. En aquellos tiempos las muchachas jóvenes eran tímidas. Pero ante un gólem Miriam no sentía vergüenza. Preguntó en broma:

—¿Te gustaría que fuera tu novia?

—Sí, novia.

Él la miraba con los ojos muy abiertos. De pronto hizo una cosa que asustó a Miriam: la levantó en vilo y la besó. Tenía los labios ásperos como un raspador de rábanos. Miriam dio un grito y el gólem exclamó: «Miriam novia gólem». La dejó en el suelo y palmoteó con sus manazas. En ese momento entraba Genendel, y Miriam le contó lo que había pasado.

Al día siguiente rabí Leib llamó a Miriam a su estudio, y le hizo prometer que en la primera ocasión que tuviera, cuando el gólem bajara la cabeza, le borraría el Santo Nombre de la frente. El rabino dijo que en ello no habría pecado, porque el gólem no era un ser humano, sino un ser artificial y temporal.

El rabino explicó que el gólem no tenía alma, tan sólo «nefesh», la clase de espíritu que se concede a los animales superiores.

## XI

Miriam prometió al rabino que haría lo que se le mandaba. Sin embargo, pasaron los días, y aunque a menudo el gólem bajaba la cabeza ante ella, Miriam sentía un no sé qué que le impedía borrarle el Santo Nombre. Entre tanto el gólem seguía haciendo barbaridades, una tras otra. Pasando un día junto a la Torre de los Cinco y viendo que allá arriba el vigía daba vueltas alrededor de la enorme campana, el gólem empezó a trepar por la torre con la misma agilidad que un mono. En pocos minutos había llegado a la galería de arriba. Cuando el vigía vio que el gólem subía por las paredes de la torre, se asustó tanto que empezó a tocar la campana. Se reunió una gran multitud para ver la actuación del gólem. Soldados y bomberos oyeron la alarma y acudieron precipitadamente.

Llegado a lo alto, el gólem empujó al vigía por la puerta que daba acceso a la escalera de caracol, y se puso a dar vueltas en torno a la campana, a toda velocidad. Pasó algún rato antes de que se cansara de aquel juego, y entonces se descolgó por la pared de la torre en pocos segundos. Parecía tener vista de águila, porque al ver que Miriam estaba entre la multitud se precipitó hacia ella, la tomó en brazos y muy contento echó a correr con ella por las calles, brincando y bailoteando de alegría. Cuando rabí Leib supo lo que había hecho, le reprendió duramente por despertar las iras de la población con su conducta. Pero el gólem dijo: «Gólem no malo. Gólem bueno».

Al día siguiente cruzó las puertas de la judería un carruaje tirado por ocho caballos blancos, precedido de diez dragones a caballo que iban tocando trompas y despejando el paso. El carruaje se detuvo ante la casa de rabí Leib, y de él descendió un general que era el jefe del ejército. Rabí Leib salió a recibir al gran señor e inclinó profundamente la cabeza. El general dijo:

—Vengo con una orden del emperador.

—¿Cuál es esa orden, excelencia?

—Su Majestad ha decretado que el gólem sea enrolado en el ejército de Bohemia, —dijo el general—. Forjaremos armas especiales para él y le enseñaremos a usarlas. Damos a vuestro gólem ocho días para que se prepare para el servicio.

—Pero, excelencia, el gólem no es un hombre de carne y hueso, —objetó rabí Leib—. No se puede confiar en él.

—Nosotros le enseñaremos lo que tiene que saber un guerrero. Con un soldado como el gólem podríamos someter a muchos de nuestros enemigos.

—Excelencia, el gólem no fue creado para hacer la guerra.

—Rabí, no puedo entrar en detalles con vos, —dijo el general—. Dentro de ocho días vuestro gólem será soldado. Es un decreto real.

Y el general regresó al carruaje y se marchó con su séquito.

Rabí Leib se puso a dar vueltas de un lado para otro. Una honda tristeza le embargó. Él había creado al gólem para ayudar a los judíos. Ahora el gólem iba a ser soldado del emperador. Quién sabe si no atacaría a sus superiores, y entonces se haría responsable a los judíos de su indisciplina. Rabí Leib llamó a Miriam y le dijo:

—Miriam, tienes que borrar como sea el Santo Nombre para acabar con nuestro gólem. No se puede esperar más.

—Rabí, no soy capaz.

—Miriam, en nombre de la Torá te ordeno que lo hagas. Yo estoy lejos de ser un asesino, pero el barro debe volver al barro.

—Rabí, siento como si me mandáseis matar a un hombre.

—Miriam, yo mismo estoy dispuesto a borrar el Santo Nombre, pero tú tienes que hacer que baje la cabeza, o conseguir que se

quede dormido.

Al rato Miriam dijo:

—Haré lo que pueda, rabí.

Miriam volvió a la cocina. El gólem la miró con ojos extraviados y vociferó:

—¡Gólem hambre!

Miriam abrió la despensa, y él devoró todos los comestibles que había a la vista. Vio una botella en el estante de abajo, la agarró e intentó tragársela.

—¿Qué haces, José? Espera un segundo.

—¿Qué es esto? —preguntó el gólem.

—Vino, —dijo Miriam—. No es para comer, sino para beber.

—Gólem querer vino.

Miriam le llenó un vaso de vino y el gólem se lo tragó. Ella sacó otra botella, y después la tercera, y el gólem no paraba de beber y de pedir: «¡Más!».

Todavía no estaba borracho, y Miriam se acordó de que el rabino tenía vino en el sótano para la bendición del sábado, y también el vino de Pascua que la familia tomaba en el «séder», cuando cada uno tiene que beber cuatro copas.

—Vamos al sótano, José —dijo—. Allí hay mucho vino.

Miriam bajó los peldaños del sótano, y el gólem la siguió. Hacía frío en el sótano, y estaba oscuro, pero Miriam dejó abierta la puerta de la cocina y por allí entraba algo de luz. Rabí Leib había oído lo que pasaba y se quedó a la puerta del sótano, para vigilar que el gólem no hiciera daño a Miriam. Miriam le dijo al gólem: «Ahora puedes beber todo lo que quieras», y al decir estas palabras se echó a llorar. El gólem agarró un tonel de vino, le arrancó el tapón y se puso a beber. Miriam le miraba, ahogada por el llanto. El gólem siguió atiborrándose de vino; respiraba pesadamente y gruñía de placer. Los ojos se le pusieron a la vez tiernos y salvajes. Clamó con fuerte voz: «Gólem amar vino».

Ésas fueron sus últimas palabras. Cayó al suelo y empezó a roncar. Rabí Leib vio y oyó lo que sucedía y bajó los peldaños. Se

inclinó sobre el gólem y recitó: «La tierra a la tierra y el polvo al polvo. Dios, bendito sea, es perfecto, juicio son todos Sus caminos, Dios de verdad y sin iniquidad, justo y bueno es». Recitadas estas palabras, borró el Santo Nombre de la frente del gólem, y besó el barro allí donde el Santo Nombre había estado grabado. El gólem dio un último ronquido y quedó sin vida.

Rabí Leib subió a su estudio, pero Miriam se quedó en el sótano. Se agachó y besó los ojos del gólem y su boca. Lloraba tan fuerte que las lágrimas casi la cegaban.

Esa noche rabí Leib y Todrus subieron el cuerpo del gólem al ático de la sinagoga. Había mucho miedo en la judería de que cuando el emperador se enterase de que el gólem estaba muerto tomara venganza de todos los judíos, y sobre todo de rabí Leib. Pero no fue así. Por una parte, los jefes militares no veían con buenos ojos que el gólem fuera a ser uno de los suyos. Temían que desmoralizase a toda la tropa, o incluso que atacase a sus capitanes. También habían comprendido muchos gentiles que los judíos no eran tan débiles e indefensos como les creían sus enemigos. Había un gran poder oculto en este pueblo que Dios había escogido para sí, y cuya gloria se había comprometido a restaurar al Final de los Días.

Aunque el gólem no era un hombre, rabí Leib recitó el Kaddish<sup>[19]</sup> por él.

Empezaron a surgir leyendas. El gólem había sido visto de noche en el palacio del emperador; en un molino, moviendo sus aspas; de pie en lo más alto de la Torre de los Cinco, con la cabeza entre las nubes.

Un hecho sorprendente sacudió a la judería: Miriam desapareció. Una noche Genendel la vio irse a la cama y la oyó recitar el Shemá<sup>[20]</sup> antes de dormirse. A la mañana siguiente el lecho estaba vacío. Hubo rumores de que al amanecer se había visto a Miriam caminando hacia el río, seguramente para ahogarse. Otros creían que el gólem la estaba esperando en la oscuridad y se la llevó con él a un lugar donde se reúnen los espíritus amantes. ¿Quién sabe?

Acaso el amor tenga un poder aún mayor que el de un Santo Nombre. El amor, una vez que se ha grabado en un corazón, ya nunca se puede borrar. vive para siempre.



ISAAC BASHEVIS SINGER (Radzymin, Polonia, 14 de julio 1904 - Surfside, Fl., USA, 24 julio 1991). Escritor estadounidense de origen polaco.

Singer emigró en 1935 a los Estados Unidos, separándose de su primera esposa Rachel y su hijo, Israel, quienes migraron a Moscú y posteriormente a Palestina. Al poco tiempo de su llegada se incorporó al periódico neoyorquino en lengua yiddish *Vorverts* (*Jewish Daily Forward*) en el que comenzó a publicar, dedicándose desde entonces a la literatura, escribiendo regularmente en yiddish.

Su primera novela, *Satán en Goray* (1935) trata de la histeria religiosa y los pogromos del siglo XVII. Otras novelas famosas son *La familia Moskat* (1950), la única de sus obras literarias en las que el elemento ficticio está ausente; *La casa de Jampol* (1967) y *Los herederos* (1969). *En el patio de mi padre*, autobiográfica, se publicó

en 1966. Singer también escribió relatos muy imaginativos, como los publicados en *Gimpel el tonto y otros relatos* (1957).

En 1940 Singer se casó con Alma Haimann, con quien vivió hasta su muerte.

Fue galardonado con el National Book Award (Premio Nacional del Libro) por *Un día placentero: Relatos de un niño que se crió en Varsovia* (1973), uno de sus libros de literatura infantil. En 1978 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura por su «apasionado arte narrativo» que tiene sus raíces en la cultura polaco-judía. En 1982 publicó *Relatos completos* y en 1984 *Relatos para niños*. La famosa película, *Yentl*, se basó en su relato *Yentl the Yeshiva Boy* (1983). *Meshugah*, una novela corta sobre un grupo de sobrevivientes del holocausto que viven en Nueva York, se publicó en 1994, después de su muerte.

La obra de Singer se caracteriza por la fuerza de su argumento, lleno de pasión por la vida y desesperación por las tradiciones que se pierden. Todos sus libros están ambientados en su pasado polaco y en las leyendas de los judíos y del folclore de la edad media europea. Él mismo tradujo muchas de sus obras al inglés. En 1984 se publicó su autobiografía, *Amor y exilio: Memorias*.



# Notas

[<sup>1</sup>] «rabino» o rabí: Jefe espiritual de una comunidad de judíos, que preside y dirige las oraciones y ceremonias en la sinagoga. La forma rabí se utiliza delante del nombre propio, o para dirigirse al propio rabino. <<

[2] «matzot»: Nombre hebreo de los panes ázimos, esto es, hechos sin levadura, que comen los judíos en su fiesta principal, la Pascua.

<<

[3] «Talmud»: Recopilación de tradiciones que, junto con algunos libros del Antiguo Testamento, constituyen la base de la religión judía. <<

[4] «Nisán»: Uno de los meses del calendario judío. En él se celebra la Pascua. <<

[5] «judería»: En las ciudades antiguas, barrio donde habitaban los judíos. <<

[6] «séder»: Ceremonia que se celebra en los hogares judíos en uno de los días de la Pascua, y que consiste básicamente en un banquete y ciertas lecturas y bendiciones. <<

[7] «Hagadá»: Libro que usan los judíos en el «séder», y que contiene, entre otras cosas, la historia de los orígenes del pueblo judío y su salida de Egipto a la Tierra Prometida. <<



[8] «shólem aleijem»: Fórmula de saludo en lengua idish, que quiere decir: «La paz sea con vosotros». <<

[<sup>9</sup>] «Cábala»: Conjunto de doctrinas místicas de los judíos. El núcleo original de la Cábala era puramente espiritual y teórico, pero con el tiempo se fue mezclando con diversas prácticas mágicas y de adivinación. <<

[<sup>10</sup>] «alef, bet, guimel, dalet»: Primeras letras del alfabeto hebreo. <<

[<sup>11</sup>] «Januká»: Festividad judía, llamada también «de las luces», que se celebra durante ocho días en los meses de noviembre y diciembre, y durante la cual es costumbre tener luz encendida en unas lámparas especiales. <<

[12] «gentiles»: Nombre que daban los judíos a todos los que no eran de su nación, y por lo tanto no practicaban la religión judaica. <<

[13] «Yeshivá»: Escuela superior de las comunidades judías, donde se estudia el Talmud. <<

[14] «cabalista»: Persona que estudiaba la Cábala. <<

[15] «idish» o yiddish: Idioma de los judíos de Europa Central, que tiene sus orígenes en el alemán que se hablaba en la Edad Media y se escribe con los caracteres del alfabeto hebreo. <<



[16] «Bar Mitzvá»: Ceremonia con que los jóvenes judíos ingresan en la comunidad religiosa, a la edad de trece años. <<

[17] «Torá»: Entre los judíos, la ley de Moisés; también, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento (el Pentateuco), porque en ellos se contiene la ley mosaica. <<

[18] «jeder»: En las comunidades judías, escuela elemental. <<

[19] «Kaddish»: Himno que se recita en las sinagogas al final de ciertas secciones del culto, y que ha llegado a ser la oración más empleada para rezar por los muertos. <<

[20] «Shemá»: Nombre y primera palabra de la principal confesión de fe de los judíos, que dice: «Oye Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno». <<